



SUMARIO 2008 | Nº 217-218

Presentación

Documentos

- El Papa ha dicho
- El nuevo catecismo *Jesús es el Señor*. Mensaje de la XCI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Colaboración Especial

- Inauguración de las XLI Jornadas de Delegados Diocesanos de Catequesis

Estudios

- Presentación general *Jesús es el Señor*.
Juan Ignacio Rodríguez Trillo, Mercedes Gómez Triana 47
- La Eucaristía, culmen de la Iniciación cristiana.
Julián López Martín 55
- El catecismo *Jesús es el Señor*.
Javier Salinas Viñals 83
- El catecismo *Jesús es el Señor* en la catequesis.
Amadeo Rodríguez Magro 93
- El catecismo *Jesús es el Señor* y la pedagogía de la fe.
Gregorio Martínez Sacristán 115
- Jesucristo en el catecismo *Jesús es el Señor*.
Juan Ignacio Rodríguez Trillo 125
- La Eucaristía y el domingo en el catecismo *Jesús es el Señor*
Miguel Ángel Gil López 139
- La familia y la comunidad cristiana en el Catecismo.
Victor Manuel Jiménez López de Murillas 173
- Rito de entrega del Catecismo *Jesús es el Señor* 189

La voz de los pastores

- Los Obispos hablan sobre el catecismo *Jesús es el Señor*
Javier Salinas Viñals 203
- Amadeo Rodríguez Magro* 206
- Ángel Rubio Castro* 211
- Casimiro López Llorente* 216
- Manuel Ureña Pastor* 217
- Jesús García Burillo* 219
- José Ignacio Munilla Aguirre* 221
- Decretos diocesanos 225

Experiencias

- Desde las diócesis
- Calahorra y la Calzada-Logroño 243
- Ciudad Real 246
- Cuenca 247
- Madrid 249



• Mérida-Badajoz	251
• Osma-Soria	252
• Plasencia	253
• Sigüenza	254
• Valladolid	256
• Zaragoza	260

Actividades del secretariado

• Recepción del catecismo <i>Jesús es el Señor</i> en las Diócesis	265
• Jornadas de Delegados de Catequesis	268
• Entrega del Catecismo a los Delegados de Catequesis	270
• Acto litúrgico en el Monasterio de El Escorial	272

Libros	275
---------------	-----

El catecismo Jesús es el Señor en la catequesis

por Amadeo Rodríguez Magro
Obispo de Plasencia Miembro de las Comisiones Episcopales de Catequesis y Misiones

Breves apuntes para la lectura del Mensaje de los Obispos sobre el nuevo catecismo Jesús es el Señor
 Ponencia impartida en las XLI Jornadas de Delegados Diocesanos de Catequesis
 El Escorial, 25-27 de febrero de 2008

El Mensaje de los Obispos da pie a esta intervención, que no es más que una reflexión ampliada y derivada de lo que en él se afirma, y del que pretende ser una clave de lectura.

Les advierto de entrada que en los temas que les expondré no pretendo ejercer de maestro, sino que expongo como un simple y atrevido aprendiz mi punto de vista. Lo haré con cierta exageración para despertarles si hiciera falta, por la hora en la que estoy interviniendo (para los lectores digo que son las cuatro de la tarde). Advierto también que mi intervención se limitará a situar el Catecismo en la catequesis, especialmente este que estamos estrenando. Esa es la trama de mi argumentación. No obstante, el protagonista de lo que diga es sobre todo el Catecismo y no tanto la catequesis; que de esa se hablará mucho y bien en la próxima intervención de estas Jornadas: Las tareas de la catequesis en el catecismo Jesús es el Señor.

1. Del esplendor a la crisis del Catecismo
2. El Catecismo, suplantado por su familia
3. El Catecismo se revela
4. Y llegó el Catecismo de la Iglesia Católica
5. El Catecismo: posibilidades y límites
6. Catecismos locales: naturaleza y concreción
7. Los Catecismos locales, regla segura para la Iniciación cristiana
8. Catecismos fieles al destinatario
9. Catecismo y catequesis
10. Catecismo y materiales complementarios
11. Los Catecismos de la Comunidad
12. El Obispo, «catequista por excelencia»
13. El Catecismo y los catequistas
14. La familia y el Catecismo
15. Pautas para la presencia adecuada del Catecismo en la catequesis
16. Un Catecismo para una pastoral de Iniciación

1. Del esplendor a la crisis en el catecismo

Los más informados y los más veteranos entre ustedes, es decir todos, saben muy bien que el Catecismo ha pasado en los últimos tiempos por grandes vicisitudes.

Es verdad que, tras su cima postridentina, tuvo cuatro siglos de eficacia y esplendor, en los que llegó a acaparar la transmisión de la doctrina cristiana hasta tal punto que la catequesis se hizo Catecismo: con una misma palabra se designaba a un texto, a una actividad y a una institución. Sin embargo, y simplificando mucho los datos, a mediados del siglo XX, inició el descenso de una complicada pendiente en la que recibió muchas críticas. Se puede decir que en ese periodo, si de algo podía ser considerado culpable, no sólo pagó todas las culpas sino que también empezó para él un largo camino de purificación.

Fue entonces cuando comenzaron para el Catecismo una serie de reformas, que en principio le vienen de aquella a la que había suplantado, de la catequesis, y que le dieron nuevos aires pedagógicos, didácticos y educativos. En ese camino de reformas, estas llegaron incluso a una progresiva renovación de los contenidos, que dejaron de ser tan conceptuales para, al hilo de la renovación teológica, ser más bíblicos y kerigmáticos, y más tarde, ser también, además de a Dios, fieles al hombre en su experiencia vital y en sus diversas edades, empezando por los adultos. Y así fue como apareció una nueva concepción, hasta material, del Catecismo. Nuestros más que veteranos Catecismos de Astete y Ripalda dieron paso a otras fórmulas, algunas importadas, y otras autóctonas, como los Catecismos Nacionales, y más tarde los Catecismos de la Comunidad: *Con vosotros está*, 1974; *El Padrenuestro y Jesús es el Señor*, 1982 y *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia*, 1986. Estos Catecismos le daban un nuevo estilo a aquellas nobles *lecciones de cosas*, como decían los franceses que eran sus viejos Catecismos de preguntas y respuestas, ya que siempre los suyos comenzaban con el habitual *qu'est que c'est*. Los nuevos aires teológicos y pedagógicos trajeron, como no podía ser de otro modo, nuevas presentaciones de la fe en contenidos y en recursos didácticos.

Pero a partir de ese momento, nuestro protagonista, de serlo todo, pasó a ser sólo un instrumento, aunque cualificado, de la catequesis. Fue entonces cuando se empezó a decir que se había pasado del Catecismo a la catequesis. En esa nueva situación, el Catecismo, si bien no desaparecía, sí tenía que situarse adecuadamente en el más amplio contexto de la acción catequética, y siempre a su servicio, y, sobre todo, con una función muy concreta: ofrecer un lenguaje común de la fe y ser cauce a través del cual se recibe y se dice la fe de la Iglesia. El Catecismo seguía estando en la catequesis, pero aprendiendo a situarse en ella, porque no la totalizaba.

Esta tarea, como es sabido de todos, no fue fácil por varias razones: porque hubo nostálgicos del Catecismo que nunca entendieron la novedad de la situación y porque hubo también quien lo eliminó totalmente de la catequesis, castigándolo por una supuesta prepotencia en el pasado.

2. El catecismo, suplantado por su familia

Entre las novedades, que surgieron en torno a esta nueva concepción del Catecismo al servicio de la catequesis, hay que destacar que le salieron hijos, nietos y hasta bisnietos, en la diversidad de materiales entonces posibles.

Era lo que se dio en llamar la familia del Catecismo. Una gran creatividad pedagógico-didáctica se produjo en torno al Catecismo y a la catequesis. Cito, como ejemplo, el ya famoso Catecismo verde o Catecismo Alemán y el de preadolescentes *Con vosotros está*. La familia de estos dos Catecismos fue especialmente amplia y rica.

Poco a poco, y aprovechando la lentitud en ofrecer un plan de Catecismos para un plan de catequesis en diversas edades y situaciones, por parte de la Conferencia Episcopal Española, y un evidente desorden y hasta desacuerdo y discontinuidad en la elaboración y entrega de Catecismos, como ocurre en el caso, por ejemplo de *Con vosotros está* y *Esta es nuestra fe*, que por diversas circunstancias quedaron desplazados de la catequesis. Por estas y otras causas, tiene lugar un fenómeno en nuestra catequesis que, a mi juicio, hizo, en su momento, un buen servicio: la identificación por Diócesis y Provincias Eclesiásticas de origen de los materiales catequéticos: Huelva, Región del Duero, País Vasco y Navarra, Sevilla, Valencia, Galicia, Madrid, Granada. y un sinfín de iniciativas de carácter diocesano, regional e incluso particular. La creatividad

y profusión de materiales complementarios en torno al Catecismo o al margen de él, hecha a veces con más buena voluntad que competencia, fue tal que se superpuso al Catecismo mismo y lo eliminó prácticamente de la catequesis.

Y de esa herencia vivimos aún en estos momentos. Hoy muchos de nuestros catequistas no saben distinguir entre Catecismo y materiales complementarios y yo diría incluso que entre materiales y catequesis. Si antes se le llamaba Catecismo o doctrina a la catequesis, hoy la catequesis es deudora del estilo didáctico de unos materiales; de tal manera es esto así que mucha catequesis de la que hoy se hace es más lección o sesión escolar que iniciación en la fe y en la vida cristiana. La catequesis es para muchos hacer lo que señalan los libros o, en su defecto, las fotocopias que usan.

3. El catecismo se revela

Entre tanto, el Catecismo se revela y hace todo lo que puede por recuperar su puesto en la Iglesia y en la catequesis.

Su golpe de efecto más llamativo tuvo lugar en Notre Dame de Fourvier en Lyon y en Nôtre Dame de Paris el 15 y el 16 de Enero de 1983. Lo dio el Cardenal J. Ratzinger, que, en una seria crítica a la catequesis contemporánea y sobre todo a la francesa, afirmó que «fue un primer y gran error suprimir el Catecismo y declarar superado el género Catecismo». Y propone como solución a los problemas de la catequesis, la vuelta del texto *Catecismo*, «un Catecismo que contenga un elenco de los contenidos de la fe y que es previo a otros textos también catequísticos, de comentario al Catecismo»¹.

Sin embargo, fue definitivo lo que ocurrió, como todos sabemos, durante el Sínodo Extraordinario de Octubre de 1985, convocado para celebrar el XX Aniversario del Concilio Vaticano II. El documento conclusivo dice del Catecismo: «Muchos padres sinodales han expresado el deseo de que se componga un Catecismo o Compendio de toda la doctrina católica, en lo que se refiere a la fe y a la moral, para que sea punto de referencia para los Catecismos o compendios que se elaboren en las distintas regiones. La presentación de la doctrina debe ser bíblica y litúrgica. Debe tratarse de una sana doctrina adaptada a la vida actual de los cristianos».²

A partir de ese momento aumenta el protagonismo del Catecismo porque, de inmediato, el Siervo de Dios Juan Pablo II, acogiendo esta propuesta del Sínodo, crea una comisión de elaboración. Esto tiene lugar el diez de Julio de 1986, y el proceso de elaboración, como todos sabemos, se prolonga hasta el 25 de Junio de 1992, fecha de su aprobación por el Papa del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Ni que decir tiene que, a lo largo de todo el itinerario de elaboración creció el interés por el Catecismo y, por supuesto, se abrió un amplio debate sobre su naturaleza y necesidad en la catequesis.

4. Y llegó el catecismo a la Iglesia Católica

La irrupción del *Catecismo de la Iglesia Católica* en la catequesis ha constituido sin ningún género de dudas un foco de luz necesario. Sin embargo también ha creado y sigue creando bastantes equívocos para el argumento que nos ocupa: algunos han vuelto a reivindicar el uso del Catecismo en la catequesis sin ninguna mediación o con mediaciones inadecuadas; primero del propio Catecismo *mayor* y, después, del *minor* o compendio. Algunos no han llegado a creerse del todo la función que se le asignaba al CIC de ser «punto de referencia» y pretenden que, con un formato u otro, totalice de nuevo la catequesis. Otros, por el contrario, lo menospreciaron, y lo situaron muy pronto en el desván eclesial de objetos perdidos. El tiempo está haciendo caer a unos y a otros en la cuenta de su error, pues el *Catecismo de la Iglesia Católica* ha hecho que el Catecismo como tal haya adquirido de nuevo un cierto protagonismo en la catequesis y en la pastoral de la Iglesia en general. Por él se ha vuelto a valorar el Catecismo y, sobre todo, se ha descubierto su necesidad en la catequesis, si bien este proceso de valoración ha sido lento, pues lento ha sido y está siendo el camino de adaptación de los Catecismos locales a su texto de referencia, el Catecismo de la Iglesia Católica.

Un comentario aparte merece el *Compendio*, que ha venido a completar el propio *Catecismo de la Iglesia Católica*. Por mi parte, sin negarle ningún valor, pues el resultado final hay que calificarlo de espléndido,

considero que se trata de un trabajo que nace como fruto de la impaciencia por no ver aún realizada la fecundidad catequética que se esperaba del CIC. A mi juicio -por supuesto muy particular- es por la lentitud del proceso de adaptación de los Catecismos locales a este texto de referencia por lo que es tan bien acogida la propuesta del Cardenal Schönborn. Seguramente no es así, pero da la impresión de que con ella pretende que el Catecismo de la Iglesia católica, en una edición *minor*, haga lo que aún no han hecho del todo y adecuadamente los destinatarios del Catecismo, los Obispos en las Conferencias Episcopales del mundo. Se trata, a mi juicio, de una impaciencia pastoral, y en definitiva apostólica, de quien está convencido del valor que tiene para la transmisión de la fe el CIC.

5. El catecismo: posibilidades y límites

Estando así las cosas, y suponiendo que estén ustedes de acuerdo con mi visión de los hechos, a partir de ahora mi intervención, siempre al hilo del mensaje de los obispos, se dedicará a situar adecuadamente el Catecismo en la catequesis. Para ello lo primero que hemos de hacer será conocer el Catecismo en sus posibilidades y sus límites. Veamos, pues, qué entendemos por Catecismo.

El mensaje que les estoy comentando recoge lo que afirma Juan Pablo II en *Fidei Depositum*: «Un Catecismo debe presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición Viva de la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y santas de la Iglesia, para que conozcan mejor los misterios cristianos y se reavive la fe del Pueblo de Dios. Debe recoger aquellas explicitaciones de la doctrina que el Espíritu Santo ha sugerido a la Iglesia a lo largo de los siglos.»³

A esta aproximación del Papa al Catecismo, añado, quizás desempolvándolo, la de nuestro querido y ya no tan usado documento *Catequesis de la Comunidad*: «Los Catecismos son libros de la fe que recogen el anuncio cristiano y la experiencia de fe vivida por la Iglesia, la cual traduce esta riqueza a fin de que sea legible y significativa para los que caminan hacia la maduración cristiana. Al proponer a los creyentes esta riqueza de manera autorizada y auténtica, los obispos ofrecen a sus comunidades un conjunto que constituye regla de fe y orientación básica de la catequesis»⁴.

Y por su parte el *Directorio General para la Catequesis* hace una descripción del género Catecismo que merece la pena recordar a grandes rasgos:

. Es un texto oficial de la Iglesia que hace visible la entrega de lo que ella misma cree (símbolo), ora (padrenuestro), celebra (sacramento), vive (moral cristiana). Este texto presenta de una manera segura y auténtica los elementos de la doctrina cristiana.

. Es un texto base y de carácter sintético que presenta de manera orgánica y atendiendo a la jerarquía de las verdades los documentos de la Revelación y de la Tradición cristiana, que son ofrecidos en la rica diversidad de lenguajes en los que se expresa la palabra de Dios.

. Es punto de referencia inspirador de la catequesis, junto con la Sagrada Escritura y, por tanto, es un documento doctrinal que hay que tener siempre a mano, pues siempre es una referencia sólida y útil para conocer la fe cristiana.

. Es un instrumento para el acto catequético, que ha de tener una clara inspiración en la pedagogía divina.⁵

Y como lo que abunda no hace daño, sobre todo si es bueno, recojo para completar y como síntesis la lúcida definición de Catecismo que hizo Monseñor José Manuel Estepa en la presentación del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica: «El Catecismo es el libro .en toda la tradición cristiana desde largos siglos ha sido así entendido. que recoge esa experiencia de fe, esas enseñanzas recibidas por la Iglesia, tal y como han ido siendo formuladas en la expresión misma de la comunidad cristiana. El Catecismo, por supuesto, no agota todos los elementos de la fe y vida cristiana, pero sí recoge lo sustancial de aquello que se considera común en la tradición eclesial»⁶

6. Catecismos locales: naturaleza y concreción

La irrupción del Catecismo de la Iglesia Católica no solo ha vuelto a llamar la atención sobre el Catecismo, sino que ha ampliado la visión de conjunto del Catecismo mismo; pues, al proponerlo como texto de referencia, está haciendo al mismo tiempo una llamada a un Catecismo inculturado, o sea, a los Catecismos locales, «que se han de redactar guardando cuidadosamente la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica»⁷ y «teniendo en cuenta las diversas situaciones y culturas». En efecto, la necesidad del uso referencial del CIC llama a los Catecismos locales y estos, a su vez, llaman a la presencia orientadora del CIC. Si el Catecismo de la Iglesia Católica, y de algún modo también su Compendio, fue calificado, en *Fidei Depositum*, como «texto de referencia para una catequesis renovada en la fuente misma de nuestra fe», eso significa para nosotros que en el horizonte de nuestra catequesis no puede faltar ni la presencia inspiradora del CIC ni la presencia *real* de los Catecismos de la Comunidad cristiana de la Conferencia Episcopal Española. El posible uso directo que en algunos casos se pueda e incluso se deba hacer del CIC, y en mayor medida del Compendio, no exime en modo alguno de la responsabilidad de elaborar Catecismos locales para las diversas edades y circunstancias.

Siendo esto así, es necesario no sólo que miremos al Catecismo en su naturaleza sino también en su concreción. Los Catecismos, por ser instrumentos en la catequesis, están al servicio del proceso mismo de Iniciación cristiana. Eso significa que hemos de mirar a los Catecismos en su diversidad gradual; es decir, Catecismos por edades y para diversas etapas del proceso catequético. Un Catecismo, si no es único, hay que contemplarlo y valorarlo en su conjunto y en su continuidad.

El Catecismo está al servicio de un itinerario o proceso que, en ocasiones, sobre todo en la infancia preadolescencia tiene diversas y distintas etapas y además un recorrido peculiar.

Esa diversidad, distinción y peculiaridad viene marcada por la situación del destinatario: edad, capacidad, ambiente social, etc. Ninguno de estos aspectos a tener en cuenta en el Catecismo, y de un modo especial el de su gradualidad, es indiferente para su contenido y pedagogía. En cuanto a los contenidos, la gradualidad siempre demanda que en los Catecismos esté muy equilibrada la integridad intensiva y extensiva; sobre todo en épocas como esta en la que no se garantiza del todo la continuidad de la catequesis, sobre todo por las muchas interrupciones del proceso de Iniciación cristiana que se producen en la infancia y la adolescencia.

7. Los catecismos locales, regla segura para la Iniciación cristiana

De todo lo dicho se desprende que los Catecismos locales son el instrumento fundamental que todos han de tener en cuenta a la hora de iniciar en la fe. En su conjunto y en cada uno de ellos, los Catecismos son regla segura para la enseñanza de la fe y, por tanto, han de estar en la base de la vida cristiana tanto en su expresión individual como comunitaria. Del fermento del Catecismo van a vivir todos los iniciados a lo largo de su experiencia cristiana, pues son la base de la confesión de una misma fe. En esto insistía *Catechesi Tradendae* cuando afirmaba que «los Catecismos han de ser fieles a los contenidos esenciales de la revelación y puestos al día en lo que se refiere al método, capaces de educar en una fe robusta a las generaciones cristinas de los tiempos nuevos»⁸. En definitiva, los Catecismos locales han de tener en cuenta lo que advertía también este extraordinario documento, y que no debemos olvidar: que sean fieles a una ley fundamental para toda la vida de la Iglesia, y que es también regla de oro para la catequesis: «la fidelidad a Dios y la fidelidad al hombre, en una misma actitud de amor».⁹

Para el logro de esta doble fidelidad, los Catecismos se han de proponer darle firmeza a la identidad de los cristianos, para que sean capaces de sobreponerse sin cesar a las vacilaciones, incertidumbres y desazones del ambiente. Para ello han de ofrecer certezas sencillas pero sólidas¹⁰, que le ayuden a buscar cada vez más y mejor el conocimiento del Señor. Es por eso que los Catecismos locales, por su inmediatez y su cercanía al destinatario, por su objetivo de ofrecer certezas sólidas y sencillas y por ser regla de la fe, han de alejarse en su concepción y elaboración de lo que es objeto de discusión y reflexión por determinadas escuelas y corrientes teológicas¹¹. En este momento es especialmente necesario recordar que «el don más precioso que la Iglesia puede ofrecer al mundo de hoy, desorientado e inquieto, es formar unos cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe»¹².

8. Catecismos fieles al destinatario

Pero, siendo verdad que el acento cognoscitivo es lo más específico del Catecismo, sin embargo, éste no puede ser ajeno en sí mismo, en su propio contenido, en su estructura y en sus reflejos internos, a las circunstancias concretas en las que nace y es utilizado; pues, de lo contrario, estaría al margen de la propia realidad de la catequesis y le sería muy difícil servirla. Por ejemplo, si es tiempo de nueva evangelización, el Catecismo no puede ser ajeno en su aliento interno al ambiente socio-religioso, ya que eso lo haría atemporal. Al contrario, en una situación misionera, todo en el Catecismo ha de «oler» a invitación, a llamada a la fe, y no basta con que ya se le suponga por esencia.

Eso significa que los Catecismos no pueden estar al margen de los cambios sociales y culturales, ni de las circunstancias en las que se realiza la transmisión de la fe. En su entraña han de recoger, porque están a su servicio, lo que la comunidad cristiana experimenta en el ejercicio cotidiano de la transmisión de la fe, aunque de un modo explícito donde se manifieste esto sea en el modo mismo de hacer catequesis.

Las situaciones socio-religiosas ambientales, las dificultades familiares y los problemas que se encuentran al interior mismo de las comunidades cristianas ha de tener un reflejo en los Catecismos que se utilizan; aunque insisto en que es en el ejercicio de la catequesis donde todo esto ha de tener un mayor y necesario relieve.

Como se dice en el mensaje de los Obispos: «El Catecismo contiene lo viejo y lo nuevo (cf Mt 13,52), pues la fe es siempre la misma y fuente de luces nuevas. Es por eso que se ha de buscar el modo más apropiado de comunicar la doctrina a los hombres de cada época, ya que las nuevas situaciones sociales traen consigo cambios y pluralidad de lenguaje»¹³. El Catecismo ha de cuidar que las certezas sólidas y sencillas lleguen a los destinatarios para hacerse vida en ellos y convertirse en significativas en su modo de ser y de vivir en sus circunstancias concretas y, naturalmente, en las diversas etapas de su vida y de su crecimiento en la fe. Como le dice el Papa Juan Pablo II a los catequistas italianos: «El catequista debe ser maestro de humanidad, es decir, ha de estar profundamente atento a la sensibilidad y a los problemas de las personas a las que acompaña en la catequesis. No basta con hacer una bella lección, si esta no responde a los interrogantes y a las expectativas de aquellos a los que va dirigida. Es por eso que, además de los caracteres de sistematicidad e integridad, la catequesis ha de tener también una gran significatividad; debe por tanto prolongar las actitudes de Jesús que, mientras ofrece su Palabra de vida, encuentra a cada uno en la concreción de sus necesidades, de sus expectativas y de su capacidad e comprensión»¹⁴. Todo Catecismo ha de ser, pues, fiel al mensaje y fiel a la persona humana.

Esa labor de actualización de los Catecismos ha de ser permanente y ha de hacerla cada generación al hilo de las exigencias que proceden de la presentación misma de la fe en un lenguaje actualizado, significativo y a la vez común. No obstante, insisto en que el gran objetivo de los Catecismos es que «todos conozcan lo que la Iglesia misma profesa, celebra, vive y ora en su vida diaria»¹⁵. Es decir, que se reciba la *lex credendi*, *lex celebrandi*, *lex vivendi*, *lex orandi*.

Ni que decir tiene que, al aludir a los Catecismos locales, no solo he querido referirme a Catecismos para la infancia y la adolescencia, también a otros Catecismos que cubran el ciclo de la catequesis en todas las edades: especialmente a los Catecismos para jóvenes y adultos. Entre los Catecismos para las diversas etapas de la vida, la primacía entre todos lo tendrá, como es lógico, el de adultos, del mismo modo que la tiene la catequesis para estos destinatarios. Considero que en cada edad ha de haber un *documento* magisterial para la entrega del contenido de la fe.

9. Catecismo y catequesis

El Catecismo no puede, sin embargo, ignorar que él no lo es todo y que su uso está siempre al servicio de la tarea integral que hace la catequesis en la educación cristiana. Utilizar el Catecismo como si fuera ya catequesis, sería reducir sus virtualidades y volver a los tiempos en los que el Catecismo y la catequesis se confundían. Por eso es importante situar adecuadamente el Catecismo en la catequesis: a. El Catecismo es un instrumento de la catequesis, que es una actividad eclesial mucho más articulada y compleja.

b. El Catecismo pertenece al orden de los medios que han de ser utilizados en la catequesis.

c. El Catecismo es un medio privilegiado ciertamente, por ser un texto magisterial, pero no exclusivo, aunque si necesario, porque recoge y sintetiza la memoria histórica de la Iglesia.

d. Es conveniente recordar que la catequesis como actividad de enseñar la fe de la Iglesia precede al Catecismo en su concepción moderna de libro.

El Catecismo ha de encontrar, por tanto, su lugar adecuado en la catequesis y así colaborar con ella en su tarea fundamental: convertir el contenido de la fe en experiencia cristiana. El Catecismo le ofrece a la catequesis la riqueza de la tradición, recordándole los siete elementos básicos que la configuran, y con los que la Iglesia ha hecho cristianos a lo largo de sus veinte siglos de historia: «Las tres etapas de la narración de la Historia de la Salvación: el Antiguo Testamento, la vida de Jesucristo y la historia de la Iglesia; y los cuatro pilares de la exposición. El Símbolo, los Sacramentos, el Decálogo y el Padre nuestro. Con estas siete piezas maestras, base tanto del proceso de la catequesis de iniciación como del proceso permanente de maduración cristiana, pueden construirse edificios de diversa arquitectura o articulación, según los destinatarios o las diferentes situaciones culturales»¹⁶.

10. Catecismo y materiales complementarios

Valorar el Catecismo y afirmar su necesidad no significa negar la necesidad y el valor de los materiales complementarios (guías, materiales didácticos, etc); pero sí que es necesario ajustar la relación del uno y de los otros en la catequesis, teniendo en cuenta que «el carácter oficial del Catecismo local establece una distinción cualitativa respecto a los demás instrumentos de trabajo, útiles en la pedagogía catequética»¹⁷. Los materiales complementarios que se elaboran como ayuda para los catequistas en el ejercicio de su tarea, a mi juicio, han de encontrar su propio estatuto y su función en la catequesis actual de las diócesis españolas. Los materiales son siempre una mediación pedagógico-didáctica para el Catecismo y para la catequesis, pero sólo una mediación. En la medida que pretendieran sustituir al Catecismo, como suelen hacer a veces, perderían su propia credibilidad y debilitan su necesidad. La credibilidad de los materiales está en su humilde, pero necesaria vocación de servicio al Catecismo y a la catequesis, y justamente en eso está también su necesidad, pues el Catecismo difícilmente puede sobrevivir en la catequesis sin esa mediación didáctica necesaria. Por eso es propio de las guías enriquecer el Catecismo, sacar a la luz sus potencialidades desde el punto de vista pedagógico, didáctico, espiritual, doctrinal. hacer que sea lo más fiel posible a su misión de servicio a los catequistas en la catequesis, que es donde la fe se va haciendo poco a poco experiencia de vida cristiana. El Catecismo necesita del arte de hacer catequesis del catequista y los materiales son complemento de este arte.

En resumen, los materiales didácticos son medios para situar mejor el Catecismo en la catequesis.

«El Catecismo local se ofrece finalmente como punto de referencia inspirador de la catequesis. Siendo el Catecismo, con la Sagrada Escritura, instrumento primordial, no son los únicos: se requieren otros instrumentos de trabajo más inmediatos.

Por tanto, es legítimo preguntarse si el Catecismo oficial debe incluir elementos pedagógicos o, por el contrario, debe limitarse a ser una síntesis doctrinal, ofreciendo sólo las fuentes»¹⁸.

Si esa es la pregunta que el DGC hace para el Catecismo, es legítimo preguntarse si el Catecismo ha de estar incluido o no en los materiales complementarios, o éstos sólo han de orientar el uso directo de aquel. Lo que sí es cierto, como ya he dicho, es que los Catecismos han de tener presencia *real* en la catequesis. A mi juicio, pretender que el Catecismo vaya incluido en la diversidad de materiales que legítimamente ha de producir la Diócesis, la Provincia Eclesiástica, la Conferencia Episcopal, es diluir y ocultar el Catecismo y, a la larga, como dice la propia experiencia, sustituirlo y suprimirlo hasta convertirlo en un *fantasma* del que todos han oído hablar si bien sólo a unos pocos se le aparece.

11. Los catecismos de la comunidad

La larga reflexión precedente ha sido para presentarles un Catecismo que se sitúa en el proceso de Iniciación cristiana de infancia y preadolescencia; y sobre todo para estimular su uso y para recordar que ha de ser tenido en cuenta por parte de la comunidad, que es en definitiva la destinataria y depositaria de este documento de la fe. Por eso es importante advertir que este Catecismo sólo puede tener una acogida adecuada si se recibe en el dinamismo de una comunidad cristiana, si es acogido en un baño de vida eclesial, en el seno materno de la vida de la Iglesia. Hay que recordar a este respecto que «la comunidad cristiana es en sí misma catequesis viviente. Siendo lo que es anuncia, celebra, vive y permanece siempre como el espacio vital indispensable y primario de la catequesis»¹⁹. La comunidad cristiana es, por tanto, origen, lugar y meta de la catequesis,²⁰ es su hogar²¹ y es el ámbito en el que el Catecismo pasa a ser letra viva, porque su contenido pasa a configurar el proyecto de vida cristiana, realizado en procesos de iniciación a la fe. Refleja siempre el Catecismo un proyecto catequético diocesano y parroquial, y se sitúa en el proceso de evangelización de la Diócesis, en el que la catequesis es, evidentemente, un momento esencial.

Nuestros Catecismos se reconocen a sí mismos como «Catecismos de la comunidad». Así se presenta hoy *Jesus es el Señor*, y así se presentaba no hace mucho *Los primeros pasos en la fe*, y del mismo modo lo hará en su momento, que ojalá llegue pronto, *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia*, con el que se completará el ciclo de «la iniciación de los niños a la vida cristiana». Con los tres, la Iglesia que camina en España, con las adaptaciones a las lenguas y a las sensibilidades de sus regiones y nacionalidades, entrega la *traditio* que se ha de hacer a esta generación. Lo quiere hacer con un lenguaje común en el seno de todas las comunidades cristianas que, en su cercanía al destinatario y en el día a día de su misión, han de ser las que hagan este servicio eclesial a través de la catequesis. Los obispos, en su mensaje, consideran que este Catecismo por su sencillez, concreción, integridad, orden, exactitud y claridad, en su estructura y formulación, es un instrumento útil y necesario para la catequesis y, sobre todo, para la entrega de la fe; es decir, para que nuestros niños y adolescentes reciban la fe de la Iglesia, la integren en su memoria y la formulen en un lenguaje común. A esto último puede ayudar especialmente el conjunto conclusivo de preguntas y respuestas en la parte final del Catecismo y al final de cada núcleo.

12. El obispo, catequista por excelencia

Y por último, pasaremos a reflexionar brevemente sobre la responsabilidad de que los Catecismos se usen en la catequesis. Llamaremos «a capítulo» a los responsables de que el Catecismo llegue a los destinatarios. Hablamos en primer lugar del Obispo, y con él de los responsables diocesanos para la catequesis; y hablamos de los sacerdotes, de los catequistas y de los padres. Empecemos por el Obispo, al que el Directorio General para la Catequesis le recuerda que es el primer responsable de la catequesis:

. el obispo ha de ejercer la solicitud por la catequesis con una intervención directa en la transmisión de la fe a los fieles;

. el obispo ha de suscitar y mantener una verdadera mística de la catequesis, pero una mística que se encarne en una organización adecuada.²²

Con estas dos recomendaciones, el Directorio está citando a *Catechesi Tradendae*, donde se afirma también que el Obispo es «catequista por excelencia». Por esa razón Juan Pablo II le recuerda la prioridad de la catequesis ante *los mil compromisos episcopales*. Y les dice: «¡Que la solicitud por promover una catequesis activa y eficaz no ceda en nada a cualquier otra preocupación! Esta solicitud os llevar á a transmitir personalmente a vuestros fieles la doctrina de vida». Y sigue diciendo: «Tened la seguridad de que, si funciona bien la catequesis en las Iglesias locales, todo el resto resulta más fácil»²³. Esto hace evidente que, para el Obispo, ser catequista no puede ser algo excepcional o la afición de algunos. Todo Obispo es por vocación y misión catequista.

De ahí que el mensaje que estoy comentando arranque con la confesión, por parte de los obispos españoles, de que, al ser los catequistas por excelencia en cada una de sus diócesis, tienen la obligación de ordenar en ellas la catequesis para que sea activa y eficaz²⁴. Por eso el mensaje mismo es un compromiso explícito a implantar el unos del Catecismo en todas las diócesis del Estado Español. Es verdad que será necesario un Decreto Episcopal que refrende en cada Diócesis esta voluntad de su Obispo, pero ya aquí se está enviando un mensaje claro a toda la Iglesia española: este es el Catecismo que se ofrece para la transmisión fiel y adecuada de la fe en España.

En efecto, entre las obligaciones que contraen los obispos en lo que se refiere a la catequesis, está la de elaborar y probar Catecismos que «sean fieles al contenido de la Revelación, puestos al día en lo que se refiere al método y capaces de educar en una fe robusta a las generaciones cristianas»²⁵. Pues bien, eso es lo que acaban de hacer y eso es lo que han de hacer en el ejercicio de su ministerio episcopal. Eso lo hacen no sólo personalmente sino a través de sus vicarías, delegaciones o secretariados.

En vuestras manos, queridos delegados, está en gran parte esa importante y esencial tarea del ministerio episcopal; vosotros, colaboradores de los obispos, sois los responsables de que el catecismo *Jesús es el Señor* sea bien recibido. Esta responsabilidad encomendada hace absolutamente imprescindible el diálogo personal e institucional asiduo entre el Obispo y los responsables de sectores pastorales para que haya una perfecta y madura sintonía en las opciones y decisiones. Es necesario que entre el Obispo, maestro de la fe en su Diócesis, y los expertos, técnicos y gestores en la transmisión de la fe, haya sintonía y caminen todos en la misma dirección. El Obispo dará orientaciones y decretos, pero la ejecución concreta será directamente tarea del responsable de la catequesis.

13. El catecismo y los catequistas

Antes de referirme a los catequistas, una palabra sobre los sacerdotes, pues tienen una responsabilidad especial en relación con la catequesis. Participan de la misión del Obispo y con él son maestros de la fe. El sacerdote ha de considerar siempre que el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles. Por eso han de procurar que en el seno de la comunidad haya posibilidades de acogida y acompañamiento para los que desean conocer a Cristo y se han de esforzar por ofrecer una maduración progresiva a las comunidades cristianas, para que sean lugar vital y seno en el que se nace y se educa la fe. Para esta misión, el Obispo pone el Catecismo en manos de los sacerdotes para que, a su vez, ellos, a través de los catequistas, lo hagan llegar a manos de los destinatarios «en su integridad y en el momento oportuno».

Lo dicho para el sacerdote sobre su responsabilidad hacia la catequesis y el Catecismo, hay que decirlo del catequista.

Por eso las últimas palabras del mensaje se dirigen a ellos.

Palabras que sólo pueden ser de agradecimiento y estímulo, pues son los catequistas los que llevan a cabo esta misión esencial y fundamental en la vida de la Iglesia y en la que tanto nos estamos jugando en estos tiempos de cambio social y religioso.

Para esta tarea de iniciar en la fe y en la vida cristiana, los catequistas necesitan, además de ser testigos de vida cristiana, una sólida formación, apoyada en una sólida síntesis de fe.

Por eso todo catequista no sólo ha de ser receptor del Catecismo para transmitirlo, sino también, y ante todo, para asimilarlo personalmente. Pues, si bien es cierto que es el catequista el que pone el Catecismo en manos de sus destinatarios, en este caso de los niños de 6 a 10 años, antes es necesario que lo haya puesto en su inteligencia y en su corazón.

Cada catequista debería hacer el itinerario de conocer a fondo el Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio, que ahora tiene unas fichas de trabajo muy bien elaboradas, pues ese es el mejor camino para desentrañar cualquier Catecismo local, y en este caso *Jesús es el Señor*. El que haga este itinerario sabrá reconocer los Catecismos como referencia obligada y lugar de encuentro en la transmisión de la fe. Los catequistas necesitan, en efecto, una *traditio* especial de la fe común de los cristianos. Por eso es recomendable que o previamente al ejercicio de este ministerio eclesial o durante el mismo, hicieran el ejercicio de un itinerario catequético completo.

14. La familia y el catecismo

El Catecismo no sólo es el libro de referencia para la catequesis, lo es también para la transmisión de la fe en familia. Es el instrumento directo que tienen los padres para hacer el seguimiento de la catequesis que sus hijos reciben en la comunidad cristiana, por eso el Catecismo tiene un lugar muy importante en la familia y en ella ha de cumplir algunos objetivos:

- a. La formación y acompañamiento de los padres ha de tener como base y referencia el Catecismo.
- b. Los padres, a su vez han de reforzar la acción de la catequesis desde el Catecismo, comentándolo con sus hijos en familia.
- c. El Catecismo ha de ser el libro que permanece en familia y que recuerda a lo largo de la vida la Iniciación cristiana.

15. Pautas para una adecuada presencia del catecismo en la catequesis

Y como conclusión de lo dicho hasta ahora, me permito apuntar unas pautas de comportamiento que, a su vez, quieren ser también una síntesis de mi discurso, y así pongo orden a lo que quizás a ustedes les haya parecido un tanto eshilvanado:

1. El Catecismo o síntesis de fe, como instrumento de la catequesis, ha existido siempre a lo largo de toda la historia de la Iglesia.
2. El Obispo ha de ejercer directamente su pastoreo en el campo de la catequesis y entre sus responsabilidades está la de determinar que Catecismo ha de señalarse en su Diócesis.
3. Los sacerdotes y catequistas cuidarán de que sea el Catecismo el que vaya marcando los contenidos de la transmisión de la fe a lo largo de todo el proceso de Iniciación cristiana. Ha de buscarse una adecuada sintonía en cuanto al asesoramiento de las parroquias por parte de vicarías, delegaciones y secretariados.
4. Las vicarías, delegaciones y secretariados de catequesis han de asesorar y acompañar a las parroquias en el uso del Catecismo y en la elección de los materiales complementarios.
5. La programación de la Diócesis y de las parroquias ha de evitar en todo momento la dispersión en la elección de materiales, procurando sobre todo que tengan unidad a lo largo de todo el proceso de Iniciación cristiana.
6. Los responsables diocesanos recomendarán que, al elegir los materiales, se procure que realmente hayan sido hechos como complemento al Catecismo y no con pretensiones de sustituirlo.
7. La Diócesis y las parroquias habrán de cuidar la formación de los catequistas para sepan descubrir y favorecer todas las potencialidades del Catecismo.
8. La formación de los catequistas ha de favorecer la capacidad y el arte de hacer cristianos, es decir, que sepan convertir el Catecismo en vida cristiana.

16. Un catecismo para una pastoral de iniciación

Permítanme terminar con esta reflexión: en cada época hay que saber responder en la catequesis a las necesidades que se van detectando en la vida de fe de los hombres y mujeres de ese tiempo. En esta, entre otras cuestiones, tenemos que reconocer que, a pesar de los enormes y encomiables esfuerzos que estamos haciendo, no estamos muy sobrados de formación cristiana, al contrario hay entre nosotros bastante ignorancia religiosa, una gran pobreza de lenguaje de la fe de nuestros cristianos y, por supuesto, falta en muchos una buena y necesaria síntesis de fe. Parece que en este momento se repite lo que en otras épocas de la historia.

En otros tiempos, la Iglesia tuvo capacidad de respuesta.

Nosotros también debemos responder con una sólida transmisión de la fe en el contexto de una nueva evangelización. Estoy convencido de que el Catecismo, adecuadamente situado en la catequesis y utilizado con rigor y seriedad, puede ser un instrumento especialmente útil de cara a una pastoral que todos decimos hoy que ha de hacerse en clave de Iniciación.

1 J. Ratzinger, *Transmisión de la fe et sources de la foi*, Lyon-París, 1983.

2 Relación final, II, b,4.

3 *Fidei Depositum* 8.

4 CC 233.

5 Cf DGC 132.

6 *Historia del Compendio de El Catecismo de la Iglesia Católica, Actualidad Catequética*, Julioseptiembre de 2005.

7 cf. DGC 121.

8 CT 50.

9 CT 55.

10 cf. CT 60.

11 cf. CT 61.

12 CT 61.

13 Mensaje sobre el nuevo Catecismo *Jesús es el Señor*, nº 5.

14 Discurso de Juan Pablo II en la Plaza de San Pedro 11 25 de Abril de 1988 con motivo de la *riconsegna* del Documento di base // *Rinnovamento della catechesi*.

15 Juan Pablo II, Carta Apostólica *Laetamur magnopere*, 1997.

16 DGC 130.

17 DGC 132.

18 DGC 132.

19 DGC 141.

20 DGC 254.

21 DGC 253.

22 cf DGC 222-223.

23 CT 63.

24 cf CT 63 y DMPO 128.

25 CT 50.